



ISSN: 2422-6890

uni(+di)versidad

publicación del Programa Universitario de Diversidad Sexual

N° 4 / 2020 / Rosario, Argentina

Esos lugares

Sobre *La intimidación*, de Roberto Videla (Buenos Aires, Mansalva, 2015)

Por Javier Gasparri

“Esos lugares”, donde cada tanto pasa alguien que barre los restos del placer, desodoriza con lavanda o inunda de lavandina, donde cada dos por tres cae la cana o los clausuran por falta de higiene *normal*, donde se repiten “siempre” escenas de uno a otro (“a mí me va de todo”), donde la danza de cuerpos se mueve al compás de un “ballet demorado” cuya lógica de desencuentros suele ser la del “*cuento de nunca acabar*”, esos lugares, digo, son frecuentemente el sitio de una “fraternidad homosexual”, en los que la promesa del amor puede estar siempre a la vuelta de la esquina (o a la salida del sauna húmedo); “esos lugares –leemos- son para eso; son los pulmones verdes ciudadanos, ciudad-anos” (14). Por eso, la distancia media que señala el pronombre demostrativo (“esos lugares”, expresión que leemos en *La intimidación* en más de una ocasión) exige ser leída no como una distancia de no pertenencia, displicente y desdeñosa, sino como un gesto de radical extrañamiento, como aquello que nos sorprende y se nos revela precisamente de tanto estar ahí, como lo impropio de lo que es familiar, puesto que los cines y saunas son como “el hogar una noche de invierno, una cueva cálida, una panza, un regazo, algo donde uno se puede revolver y desperezar, acunado” (30). La protección de “útero”, sin embargo, no impide que la respiración sea intensa, agitada, y que esos lugares sean también “arena de plaza de toros”: el rodeo entonces comienza, y los cuerpos circulan y se alistan y se acercan “como los caranchos cerca del matadero, para ligar un pedazo de carroña” (28). Cada gesto, cada movimiento, es medido y calculado, sigiloso, así como cada señal del otro es descifrada con esmero y perspicacia; podríamos seguir con el umbral de animalización y decir: como la fiera depredadora ante su presa. Pero también podríamos llamarlo *histeriqueo*.

Así, la lógica serial en la que se suceden los cuerpos no supone la tentación fácil de la indiferenciación aplanadora sino que, entre el destello de la fugacidad amorosa y el polvito ligero, los cuerpos siempre llevan una huella singular: el que tenía el pito chico

pero le crece como el árbol de guisantes, el que tenía el culo flojo, el pijotero controlado que no quería acabar, el que el amigo le iba guiando el culo como una antena parabólica, el que no llamó después, el que tenía olor a culo, el que se lo secó con un pedazo de papel usado, el que se mueve como un bote para que los dedos lo cojan mejor, etc. De todas maneras, esto no supone que la gozosa desposesión del cuerpo personal –y su fragmentarismo- que se experimenta en la orgía (no saber de quién es esa mano que me toca, no recordar si tal culo era de esto o de aquel, dudar entre dos pijas en relación con un rostro) se restituya a la propiedad de la pertenencia orgánica del 'Ser' (¡que la bruja de María Moreno nos libre desde la contratapa!) sino que esas virtuales indistinciones se tensionan y articulan con la afirmación de algún punto de singularidad que mueve un poder de afección. En este sentido, la impersonalidad toma la forma de una vivencia común, un modo de hacer comunidad.

En esos lugares, además, el “chapoteo” al andar pisando semen, que cifra literalmente el frenesí de la carne, es el clímax del efecto porno hot que *La intimidad* transmite. Quiero decir, alguien que comparte esos placeres, con su lectura *se calienta*. Y hay algo allí irreductible, como de que *se acaba* el mundo: “Hay un momento en que nada importa y que el mundo se puede caer, porque lo único que vale la pena es seguir bombeando y acabar” (32). Y así el cuerpo, en un hallazgo anagramático genial, es también el *puerco* (37). Pero lejos de las imágenes cargadas de sordidez con las que el mismo imaginario gay suele señalar estos palacios del placer (o sino, la ya vieja y aburrida disputa dicotómica entre gays saludables y putos promiscuos), la apuesta del deseo se dirige no sólo a encontrar un punto de emoción en medio de lo des-carnado (o sea, carne que deviene impropia) del gesto porno, sino sobre todo un sentimiento amoroso que arruina el cliché de las tinieblas saunísticas, que prende un fueguito iluminador (que da color y cobijo, y, de nuevo, *calienta*) en medio del dark room, que hace que la desvincijada pantalla del cine se proyecte con una aureola encantada. Esa es, creo, una de las potencias poéticas más sobresalientes del libro. Porque en esos lugares, la gente hace el amor (o “como se llame a eso” (16)), y entonces resulta raro que conociendo los cuerpos con los cuales se tuvieron gestos de amor, frecuentemente no se intercambie ni un “hola” al cruzarse de nuevo (y cuando eso ocurre es “conmover”, es “un estremecimiento inesperado”) (22); está también aquel que confiesa que sos “su plan B”, y eso deja “el alma herida” (27), o el que exhibe la necesaria conexión entre pija y corazón pero por contraste: “Cuando está cerca de acabar queda como colgado de un hilo y termina ya casi a cualquier contacto, sin estremecerse (...), como si solamente la cabeza de la pija soltara chorritos de leche independientes de su corazón” (20). La afirmación de la ternura, siempre presente, se clava al deseo y así pareciera que el deseo, antes que (o además de, o más acá de) sexual, fuese siempre un deseo de ternura.

Siendo como es un catálogo sensorial, *La intimidad* exhibe una amplia proliferación de sabores, olores, cuerpos, texturas, tamaños, etc. Y lo hace desde una perspectiva participante y experimentante: chupadas, lamidas, tocadas, etc. (Quisiera subrayar los “etc.”) Esto no supone un registro sensorial que se limita al mero cómputo de reconocimiento informante ni tampoco una lógica clasificatoria que traza una taxonomía de cualquier índole y mucho menos con aires científicos. Lo que hay en esa acumulación compulsiva es un acto de vivacidad en la que el deseo va *de la mano* (acaso se pajea) con la curiosidad. En esta línea, resulta imposible no pensar este libro en la siempre querida tradición literaria del yire (homosexual, gay, queer, marica, puto... las identidades siempre serán el problema). Ya desde la contratapa, María Moreno lo señala al situar a los cines y los saunas como la continuidad de los mingitorios (“esa institución pública, primer cabildo abierto”) y postular a un “Levi-Strauss de los mingitorios”, tan riguroso como el original. En efecto, esa tradición del yire es, por definición, poética y antropológica: antropoética, dirá Perlongher, o con un *touch* más guattariano, cartografías deseantes. O mejor todavía, una etnografía, en rigor una auto-etnografía, porque el 'yo' y el nombre propio también son 'objetos' de la exploración. Por eso, además de participante y experimentante, resulta una mirada deseante y gozosa, lejos de la mirada externa zoológica (sea escandalizada, condescendiente, fascinada o nomás políticamente correcta). Dado que es preciso no confundir cultura gay con ambiente gay (puesto que son dos territorios que aunque se solapan y se intersectan no coinciden punto por punto en sus límites), entonces podríamos pensar a *La intimidad* como una auto-etnografía de cierta zona de la cultura gay.

Para cerrar, quisiera llamar la atención sobre una especial insistencia que aparece en varios de los textos que componen *La intimidad*, con diversas inflexiones y entonaciones; se trata de algo así como del cuidado de la indumentaria que hace al aspecto. Cito algunas de sus apariciones: “Pienso en que mis pantalones se estarán arrastrando por el piso, manchándose de cosas ajenas” (32); luego de eyacular, “controlo que la ropa esté limpia, me acomodo la remera, me subo el cierre, me voy todavía tembloroso” y se preocupa de que no le detecten “un botón desabotonado, la mancha de una gota en el zapato, la bragueta abierta, el olor en las manos, pendejos sueltos por la ropa” (29); asimismo, ante una situación de apuro, “lo que más me molesta es eso de ir ajustándome el cinto y subiendo el cierre delante de extraños” (12). Aunque en una entrevista con el autor, a propósito del libro, se pone bastante el foco en torno a la exposición que supone el relato de hechos reales, y más a partir de aventuras sexuales, creo que lo decisivo reside en ese cuidado pudoroso que se transmite en la insistencia señalada. (Y que, dicho sea de paso, recordaría al Borges de “El escritor argentino y la tradición” y su captación del pudor argentino.) Arriesgaría, entonces, que acaso “la intimidad” se experimente en ese pudor; acaso la verdadera intimidad se cifre en ese pudor, en ese recato elegante, en esa coqueta pulcritud. Coger (con uno, con miles, con este, con aquel, con cualquiera) es otra cosa.